

Argentina: Lanusse y Balbín, con la Comisión Interamericana de Derechos Humanos

por Renato PICCHIA

BUENOS AIRES.—El ex presidente argentino, teniente general Alejandro Agustín Lanusse, recibió en su domicilio particular a los señores Aguilar, Vargas Carreño y Farrer, todos miembros integrantes de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIH). Otro ex presidente, el teniente general Juan Carlos Onganía, se rehusó enfáticamente a tener contacto alguno con esa comisión, por considerar su presencia en el país una indebida intromisión en sus asuntos internos.

Lanusse no sólo recibió a esos enviados de la CIDH, sino que además dio a conocer una extensa declaración reproducida por los principales diarios, en la que alterna centenares de líneas justificativas para lo que designa como "guerra interna, guerra sucia" emprendida por los que "habían elegido la violencia, el asesinato, el secuestro y el terrorismo en general como su arma de lucha", con decenas de líneas muy suaves, generalizadoras y poco comprometidas acerca de los derechos humanos, de las cuales lo más decidido es este concepto: "No interesa si quien no respeta los derechos humanos es débil o poderoso; sólo debe importar el hecho de la violación de esos derechos, cualquiera sea el lugar en que se produzcan o el grupo o ideología que los conculque. Lo contrario no es justo ni moral, y debilita y desmerece a quienes esgrimen la bandera de su defensa para el logro de particulares intereses o mezquinas especulaciones políticas".

MUERTOS CITABLES Y MUERTOS OMITIBLES

Lanusse, según una crónica periodística, se franqueó con sus visitantes de la CIDH:

"Fijense bien esta fotografía. Es para que tengan una idea de la magnitud de la acción subversiva en el país. Y para que vean, además, lo cerca que me tocó a mí..."

Mostró entonces a los presentes una fotografía registrada en la Casa de Gobierno durante su presidencia. En ella aparecía él, junto al doctor Arturo Mor Roig, al capitán de navío Basso y al periodista Edgardo Sajón. "Dos están muertos y uno está desaparecido. Uno, fue mi ministro del Interior, el otro mi edecán naval, y, el restante, mi secretario de Prensa y Difusión". En la crónica de La Nación de Buenos Aires, la exhibición del testimonio "dejó perplejos y causó un pro-

fundo impacto a los tres miembros de la CIDH". La crónica no menciona si Lanusse mostró también una fotografía con los masacrados en Trelew durante su gobierno, ni si comentó que él sabe perfectamente quiénes hicieron desaparecer al periodista Sajón, que son los mismos que le indujeron a ausentarse de Argentina durante unos cuantos meses: éstos no pertenecen al mismo sector de los que asesinaron al ministro Mor Roig, que por lo menos se responsabilizaron públicamente del hecho. Sólo cuando se comprometió a no demandar al pronto retorno a los "cauces democráticos", se le dieron garantías para su vida.

Algo más valientemente, si bien en el estilo característico de pedir disculpas cada vez que esa aparece como corajuda, la Unión Cívica Radical, por la vía de su máximo dirigente, Ricardo Balbín, entregó un documento referente a la misión de la CIDH, en cuyas centenares de líneas, con antecedentes que ese partido posee como enemigo de toda violencia política, no se menciona a los más de 5 mil desaparecidos por cuya suerte se interesa la CIDH, sino elípticamente como podrá apreciarse por los siguientes párrafos:

"EPISODIOS DRAMÁTICOS

"Está en el país la Comisión de Derechos Humanos de la OEA. Este es un organismo aprobado por la Argentina que tiene carácter multilateral y supranacional. Así lo ha entendido el propio gobierno que la invitó. Creemos útil para el prestigio nacional y a nuestra convivencia como pueblo, tratar de esclarecer denuncias y episodios dramáticos e indiscutiblemente lamentables.

"Para la Unión Cívica Radical, toda presencia que implique colaboración objetiva para perfeccionar nuestra paz interior y asegurar la jerarquía de la condición humana, merece nuestra solidaridad".

Después de citar varios textos partidarios en que explícitamente se condena la violencia y la guerrilla y se opta por la ley y el diálogo, el documento persevera con ecuanimidad una declaración hecha sobre el mismo tópico en 1978:

"Repudiamos la violencia como medio de acción política; condenamos la guerrilla y el terrorismo que siembran destrucción y muer-

te. Repudiamos también la acción de grupos autónomos que desde otro extremo ideológico, bajo el pretexto de ayudar a combatir al otro extremo, son responsables de excesos en la represión, violación de derechos humanos, desaparición de personas y también indiscriminadamente hacen víctimas (sic). Estas son heridas profundas que deben ir cerrándose en la vigencia plena del Estado de derecho, la confianza de las decisiones judiciales y el ejercicio monopólico de la represión por parte del Estado".

¿Debe entonces facilitarse en toda forma el que la CIDH esclarezca "los episodios dramáticos e indiscutiblemente lamentables" sobre cuya naturaleza la Unión Cívica Radical nada aclara? El doctor Balbín, maestro en solemnes vaguedades y ampulosas naderías, se remonta esta vez más lejos, a 1969, para citar otro documento partidario con el que concluye su declaración:

"Ahora reiteramos que nuestra democracia necesita un sincero diálogo de ideas sin rencores, y una voluntad emancipadora que exige unidad nacional, que no puede ser nunca la uniformidad totalitaria. Todos los actos que puedan servir a esta unidad, tienen nuestra comprensión. Esto no se podrá lograr sin confianza en el pueblo y generoso patriotismo en el alma de cada ciudadano. No hay otro camino para la paz".

¿Algo sobre los presos, sobre los torturados, sobre los "ausentes para siempre"? Nada, nada, nada, de nada. Balbín conoce las reglas del juego, y los caracteres ideográficos que dibuja siguen siendo un lastimero llamado a la cordura, que sólo comprenden los que están habituados al código aprendido de su maestro Hipólito Yrigoyen, de ocultar con palabras la falta de voluntad de compromiso. En su lugar, el tan denostado Arturo Illia habría dicho lo necesario, sin ocultamientos ni reservas mentales, pero con mucha mayor valentía.

¿Porque en su perorata en que no se menciona a los desaparecidos, pero sí al diálogo con quienes detentan el poder, que es como recordarles que no es malo preferir hablar de elecciones futuras en lugar de los molestos seres por quienes parece estarse interesando la CIDH en el momento presente.